

Un diamante brillante: Lili de la Rosa Hickerson

Historia de una amistad inesperada

Moira Murphy*

*Life stumbles over its own fate,
for its earlier moments plunge
ceaselessly into later ones
which reinterpret and correct them.*

William James

El otro día, en una presentación de libro, en una de las universidades de Ciudad Juárez, me encontré con el sobrino de mi gran amiga Lili. "Hace tiempo que no te veo", me dijo. "Casi no vengo pa'aca", le respondí. "Pero siempre me acuerdo de mis tiempos aquí". Rodeada de mis cuatro hijos, riéndome, le comenté: "Y mis hijos saben todo de mis amigos de aquí".

Y es cierto. Bueno, no saben todo, pero saben lo que deben saber. Y lo que deben saber es que en todas partes del mundo lo que es importante es la gente, y que en todas partes del mundo hay gente muy buena. Así, aquella tarde de regreso a nuestra casa, les conté otra vez la historia de mi amistad con la señora Lili de la Rosa Hickerson. Una amistad inesperada en Ciudad Juárez, Chihuahua, México.

Llegué a conocer a Lili en circunstancias no muy favorables. Yo estaba viviendo en Ciudad Juárez con una beca Fulbright, tratando de terminar mi tesis del doctorado con dos niños chiquitos (Stephán tenía 5 años y Johán 2). Manuel Loera, el director del Departamento de Investigación en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez donde iba a tener mi oficina, me había recibido súper bien, igual que mis compañeros de trabajo. Stephán estaba en el kinder de la escuela Teresa de Ávila y Johán estaba cuidado por otra gran mujer, Ysela.

Iban pasando los meses y todo marchaba como debería haber marchado en las circunstancias nuestras. Hasta un domingo, después de llevar a los niños a una clase de tae kwan do, nos regresamos a nuestra casa para encontrar que nos habían robado todo. Y aquel robo puso en movimiento una serie de eventos que me llevarían a conocer a Lili e iniciar una de las amistades más bonitas de mi vida.

Me cambié a la casa de Lili poco después del robo,

*Académica del ITESM Campus-Juárez

Soñadoras (detalle). 41 x 24 cm

por invitación de Perla de la Rosa, su hija. Perla es una actriz muy destacada y en aquel entonces estaba trabajando en México. Así, Stephán, Johán y yo empacamos lo que nos quedó y nos fuimos a vivir en el segundo piso de la casa de la señora Lili de la Rosa Hicker-

son. La casa de Lili estaba en una calle sin salida en una parte antigua del barrio Infonavit San Lorenzo. Ésta quedaba exactamente en la única curva de la calle. Tenía una fachada blanca y un patio chiquito enfrente. Los vehículos que circulaban y las personas que caminaban en las calles principales de Juárez no tendrían ni por qué verla ni saber que estaba allí. Los académicos, oficiales y periodistas quienes vienen a estudiar/resolver/escribir sobre todo lo horrible de Ciudad Juárez, casi seguro ni se han parado para explorar las casitas chiquitas y las personas que las habitan. Pero allí vivió uno de los diamantes escondidos de Ciudad Juárez. Una de las miles de personas bondadosas, honestas y fascinantes de la ciudad.

En las primeras semanas en nuestra nueva casa, los niños y yo casi no veíamos a Lili. Sin embargo, sabíamos que era la mamá de Perla y que, como el teléfono sonaba en el primer piso donde vivía ella, cuando nos gritaba "¡Teléfono!" significaba que habíamos recibido una llamada y que teníamos que levantar el aparato en nuestra cocineta. Así, uno de las primeras impresiones que formamos sobre Lili es que era la señora del "Cluck," el sonido que hacía el teléfono cuando nosotros lo levantábamos y ella lo colgaba en el piso de abajo. Y así empezamos a llamarle entre nosotros: "¿Estará la señora del Cluck?... Bájate Stephán para ver si la señora del Cluck nos puede regalar un poquito de azúcar... Voy a bajar para ver si la señora del Cluck quiere algunas de esas galletas deliciosas".

Pero un día, y no me acuerdo por qué, nos encontramos

En las primeras semanas en nuestra nueva casa, los niños y yo casi no veíamos a Lili. Sin embargo, sabíamos que era la mamá de Perla y que, como el teléfono sonaba en el primer piso donde vivía ella, cuando nos gritaba "¡Teléfono!" significaba que habíamos recibido una llamada y que teníamos que levantar el aparato en nuestra cocineta.

abajo en la casa de Lili, los niños jugando con sus nietos —los hijos de su hijo Luis— y yo tomando café con Lili. Lo que me acuerdo de esa tarde es que cuando yo veía a Lili, veía luz y felicidad. Su piel era bronceada y su pelo pintado de un color amarillo blanqueado, como el del sol visto por medio de una tormenta de arena. Tenía una voz muy curiosa, casi alta pero con tonos bajos. Cuando se reía, abría su boca un poquitito y nada más se podían ver sus dientes de arriba, y cuando estallaba en la carcajada respiraba tan profundamente entre accesos de risa que parecía que no iba a alcanzar el aire necesario para seguir riendo. Como en las docenas de tardes que seguían cuando yo bajaba a su casa a tomar café, a veces sola, a veces con los niños o a veces con una amiga, ella se sentaba en la cabecera de la mesa de la cocina que estaba cubierta con una tela de florecitas debajo de un plástico claro, y yo me sentaba a un lado. Tomábamos nuestro café, siempre con la misma pregunta, si yo quería leche o azúcar; y comíamos unas cuantas galletas de azúcar, o en ocasiones muy especiales, un riquísimo pastel de chocolate.

En esa primera ocasión, le pregunté sobre su segundo apellido, Hickerson. Allí mismo en la mesa, escondida atrás de las servilletas, sacó una foto, borrosa,





en blanco y negro, de un señor güero, su pelo peinado a un lado. Si no fuera por estar en Ciudad Juárez, yo lo hubiera confundido con un surfista de California, USA. Pero no, ese señor era un pariente de Lili, de otro país, quien había venido a vivir a México muchos años antes. Con su característica risa de traviesa, terminaba su explicación con "Y no sabemos por qué".

En los meses siguientes, aprendí mucho de Lili. A lo mejor por la canción de felicidad que parecía llevar adentro, a sus sesenta y tanto años seguía muy enamorada. Un día, cuando ella me había pedido algunas fotos de mi familia, bajé con todo un libro. Le enseñé una foto de mi mamá, quien había fallecido mucho antes y de mi papá. "¿Ya se casó de nuevo tu papá?", me preguntó. "Sí", le dije, "hace muchos años". "No le hace", me dijo. "Está muy guapo. Voy a escribirle una carta". Me pidió la dirección de mi papá, pero le dije que no me acordaba. "Aparte", le dije, "usted no escribe en inglés y él no sabe nada de español". "No le hace", me dijo, "en el amor las palabras son nada más una formalidad". Nunca le pasé la dirección de mi papá, por muchas razones, entre ellas su matrimonio, pero tampoco jamás creí que Lili realmente la quería. Más bien, le quedaba la chispa de amor y le gustaba enamorarse, aunque fuera de lejos, como

■

Después de varios meses, los niños y yo nos regresamos a los Estados Unidos, ya que había terminado mi estancia en Ciudad Juárez. Siempre tenía pendiente hablarle a Lili, pero entre terminar el doctorado, asuntos familiares y el vaivén de la vida, nunca marqué a la señora del Cluck.

lo había hecho con un maestro de Italia. Ese maestro, en aquellos años, venía mucho a Juárez y según Lili, ella mantenía una comunicación frecuente con él por medio de cartas. Una tarde me preguntó "¿Y sabes por qué me enamoré de él? ¡Porque se pone calcetines rojos!" No estaba yo segura si era cierto o una broma. Viendo mi confusión, me veía directamente a los ojos. "En el amor", me dijo, "son los detalles los que cuentan".

Y así lo llevábamos. Esa señora de sesenta y tantos años, platicando en su casita de Ciudad Juárez con una gringa de Boston, a quien llevaba casi treinta años. Nos reíamos mucho. Pero también vi el lado más explosivo de Lili. Se pelearía con algún familiar anónimo por teléfono, su voz curiosita llegando a gritos, colgándole fuertemente, regresando a la mesa de la cocina con la cara de enojo. Mal diría a los inútiles, los machos y los injustos. Pero, como un tornado, una vez que pasara lo fuerte, se calmaría, se reiría y seguiríamos en la plática de nosotras.

Después de varios meses, los niños y yo nos regresamos a los Estados Unidos, ya que había terminado mi estancia en Ciudad Juárez. Siempre tenía pendiente hablarle a Lili, pero entre terminar el doctorado, asuntos familiares y el vaivén de la vida, nunca marqué a la señora del Cluck.

Algunos años después, cuando estaba trabajando de nuevo en Juárez, me enteré que Lili estaba muy malita. Fui a visitarla a la casa de la familia de su hijo Luis quien la estaba cuidando. Llevé un pastel riquísimo de puro chocolate, una de las delicias que habíamos compartido juntas en su casita algunos años antes. Me sorprendió ver cómo la enfermedad había deteriorado físicamente a mi amiga. Casi no tenía pelo y su piel, antes firme, ya había empezado a caer de sus huesos. Pero nomás nos sentamos en la mesa del comedor, sin nadie más alrededor, me dijo murmurando con una voz ya débil pero

con su mismo tono de traviesa que me acordaba de años anteriores: "Pues, se supone que yo no debo comer dulces, pero tú sabes, no creo que un pedacito me haga daño". "Pues, no sé Lili", le decía. "Bueno", me contestaba, riéndose con la cara tan feliz que hasta este día la guardo en mi mente, "como no sabes, no vas a decir nada". Y nos pusimos a comer nuestro pastel riquísimo de chocolate.

Mi amiga Lili falleció ya hace más de tres años. Algunos días antes de su fallecimiento, fui a visitarla con otra gran amiga suya, Lupita Santiago. Ya estaba Lili en su propia casa en la curvita de la calle sin salida en Infonavit San Lorenzo. Entramos a su cocina y ella se sentó en la cabecera de la mesa con nosotras a los lados. Nos servimos café y comimos galletas de azúcar. Nos preguntó como lo tomábamos, con leche o azúcar. Tenía sus servilletas al ladito y la tela de florecitas cubierta de plástico descansaba encima de la mesa. Sentí como si yo hubiera llegado a casa después de varios años de ausencia.

La luz del atardecer entraba por la ventana de la cocina, dando un brillo sutil a todo. Me preguntó sobre los niños y quería ver a mis dos niñas chiquitas, Amirah y Ariana. Nos reímos mucho, tanto que Lili luchaba para agarrar aire. Por un momentito sentí que teníamos ocho años menos cada una, cuando parecía que podíamos sentarnos y platicar para siempre en esa misma cocina.

Mis cuatro niños saben muchas de las historias de mi amistad con Lili. Entienden muy bien que en todas partes hay gente bondadosa. Saben que yo les cuento mis historias sobre mi amistad con Lili porque era una persona muy importante en nuestras vidas, quien nos ofreció su amistad sin condiciones. También saben que Lili todavía está con nosotros en espíritu.

Nadie nunca va a leer sobre la señora Lili de la Rosa Hickerson en un libro de gente destacada, aunque había

*La luz del atardecer entraba
por la ventana de la cocina,
dando un brillo sutil a todo.
Me preguntó sobre los niños
y quería ver a mis dos niñas
chiquitas, Amirah y Ariana.
Nos reímos mucho, tanto que
Lili luchaba para agarrar
aire. Por un momentito sentí
que teníamos ocho años menos
cada una...*

tenido una carrera como contadora. Ella no era conocida en los círculos literarios, empresariales ni políticos de Ciudad Juárez. Ella no era maestra universitaria con cientos de alumnos que la recordarían después de su fallecimiento. No era una empresaria con un edificio construido en su honor. Pero, tanto como personas más conocidas, Lili era un ser maravilloso e importante. Vivió su vida plenamente, incluso cuando ya no pudo salir mucho de su casa. Se reía, se enojaba, amaba y odiaba. Pero también brindaba amistad y amor a una gringa y sus hijos, en su casita en una callecita sin salida. Y, a quienes vienen a estudiar Ciudad Juárez, les ruego que no disminuyan el dolor y sufrimiento causado por la violencia. Pero, también, les invito para que entren en aquella callecita de Infonavit San Lorenzo, o en cualquiera otra callecita de la ciudad y que caminen por el barrio. Oirán los sonidos de una ciudad viva y dinámica, la risa de niños, el llanto de bebés, los pleitos entre hermanos, la plática entre parejas. Y, si la noche es especialmente bonita y se tiene mucha suerte, a lo mejor podrán oír la carcajada de mi amiga Lili, respirando fuerte entre carcajadas, y se darán cuenta que Ciudad Juárez es una ciudad llena de diamantes brillantes esperando para que los descubran.

